

## POLITICA

EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO DE VALENCIA (RELATO DE UN PROCESADO) por *Rafael Sánchez Guerra*.

La serenidad de una *Advertencia preliminar* ennoblece este libro. En ella dice su autor:

No soy yo de esos que, ateniéndose al conocido aforismo, se sientan, inactivos, a la puerta de su casa para «ver pasar el cadáver de su enemigo»; pero, si fuera capaz de hacerlo y éste pasase, me pondría de pie y, descubriéndome, como hoy, respetuoso y conmovido, me uniría, sin dudarle, a la triste comitiva del entierro.

Tales palabras equivalen al saludo caballeresco de los contendores antes de iniciar el duelo en que buscan la muerte. Y las páginas sucesivas mantienen tan digna actitud; no hay en ellas una sola palabra altisonante, ni para subrayar propios méritos, ni para evidenciar las torpezas del adversario. Los acontecimientos son descritos minuciosamente en forma muy objetiva, sin dar margen a comentarios y saludando, cada vez que para ello hay oportunidad, la hidalguía de algunos personajes de filas enemigas. Esto revela altura de miras, elevación de la personalidad por encima de los contingencias políticas. Y otra manifestación de esta digna conciencia cívica la hallamos en la resignación del autor con su condición de procesado, la naturalidad con que vé desarrollarse las alternativas del proceso, la serenidad

ante las despliegues de fuerza realizados por la parte contraria y el humorismo con que se refiere a hombres y situaciones, poniendo de relieve, con una sonrisa, la visible desproporción que hay entre ellos.

Tres son las figuras principales en esta historia: Primo de Rivera, desde Madrid, lo que equivale a desde la sombra, impartiendo órdenes, desviando la atención del público por medio de notas oficiosas; Castro Girona, el general prudente, a la espera de los acontecimientos, sin perder nunca de vista sus aptitudes para el cálculo frío y egoísta; y don José Sánchez Guerra, el civil, patriota en el más alto sentido, siempre dispuesto al sacrificio por la causa que preconiza, actuando virilmente, en forma desembozada, sin perder nunca la conciencia de su responsabilidad, sin ofuscarse por el halago y la adulación, sin sobrepasar los límites marcados por el civismo en el ejercicio de su papel de caudillo.

Los demás son comparsas. Algunos, exaltados por un idealismo juvenil y admirable. Otros, los más, desgraciadamente, impulsados por las probabilidades de triunfo o acobardados por el egoísmo disfrazado de buen sentido.

Los acontecimientos en sí mismos, conocidos de todos en sus líneas generales, revelan el descontento con la dictadura, el estado de descomposición de las esferas gubernativas, las torpezas de un régimen que aun no puede considerarse concluido. A través de ellos se aprecian una vez más los procedimientos de los gobiernos de fuerza: la falsificación de cargos, el miedo a la sanción popular,

el encastillamiento de jueces y gobernadores, que se hacen inaccesibles a los acusados, para no afrontar sus réplicas.

Los conspiradores en este caso no han existido. No ha existido más que una conciencia colectiva, deseosa de salvar a España de la dictadura, que ha formado un frente único, secundando a Sánchez Guerra. La actitud de éste, nítida, firme, noble, no es la de un conspirador; es la de un repúblico, en el más alto sentido de la palabra; es la de un hombre de derecho y no la de un político oportunista.

Primo de Rivera, que acaso fué la primera víctima del golpe de estado de Septiembre, ya ha traspasado los umbrales de la muerte. Esta última circunstancia nos ha privado de conocer la última página de su historia, que acaso hubiera escrito con palabras republicanas, después de haberse convencido de que es inútil oponer una barrera al sentimiento nacional, tras de haber cumplido primeramente su deber de militar y de monárquico, sirviendo de pantalla para cubrir y explicar y responder por los errores reales.

Castro Girona no ha muerto; pero se encuentra sepultado moralmente. Su cautela lo llevó a renunciar al papel de héroe en el momento menos apropiado para este género de claudicaciones.

Sólo sobrevive Sánchez Guerra. Y opone a la triste realidad, mezquina y desgraciada, la grandeza de sus ideales, la entereza de que hizo gala frente a los sucesos que lo condujeron ante un Tribunal. Las actitudes de un político están sujetas a una constante y continua revisión.

No sabemos lo que mañana realice o aspire a realizar Sánchez Guerra. Pero, en todo caso, concebimos la esperanza de que sus actuaciones posteriores no desmientan la realizada por él en Valencia, que constituye la única circunstancia noble y estimable de la política española en los últimos años.

No son frecuentes los relatos de conspiraciones. Si ellas triunfan, su vida, la forma en que se engendraron y los individuos que a ellas asociaron su suerte, pertenecen a la historia. Si fracasan son recluidas en el desván de los recuerdos personales.

Pero este *Relato de un procesado*, que ha escrito Rafael Sánchez Guerra (1) en forma tan galana y atractiva, merece vida propia, es digno de ser conservado en libro aparte, en un libro que se exponga a la consideración de las gentes como una sabia lección de dignidad y de civismo.—*F. Ortúzar Vial.*

TIERRA JUDÍA, por *J. Kessel*, traducción de Sergio Atria.

La Federación Sionista de Chile ha hecho traducir al castellano estas crónicas del escritor judío. Son crónicas de viaje por Palestina, recuerdos de lo que el escritor vió en el Estado Judío. El libro, más que nada, es un libro de propaganda sionista y como a tal hay que mirarlo y juzgarlo, ya que su valor literario es escaso, como sucede con todos los libros de propaganda. Como no co-

(1) Cía. Ibero-Americana de Publicaciones. Madrid. 1930.